

va por los caminos en mísero disfraz cantando y sonriendo.

Todos se interesan por el galán sufrido y por la dulce amada, y el oidor, enterado de lo que sucede, otorga su consentimiento para la boda, con la esperanza de que el padre de don Luis acceda igualmente viendo al hijo empeñado en aquella felicidad con firmísima decisión; que el muchacho, aunque muy niño, es terco y noble como quien lleva en la sangre un buen origen aragonés.

El sol que nace con la mañana tiene para los infantiles novios una suprema claridad, una rubia luz llena de infinitas gradaciones. Bañados en ella los despide la obra maestra de Cervantes, en la cual estos gentiles enamorados dejan una nota de cordial poesía, un cándido señuelo, albo y sutil, intangible como un perfume, un resplandor, una sonrisa, un cantar...

## VII

### CONTIGO PAN Y LAURELES

UNIVERSIDAD DE NUEVO  
BIBLIOTECA UNIV  
"ALFONSO I  
no. 1625 MONTE



Campo de milagrosa verdura en la tierra más arisca de Albacete: una providencial solicitud ha levantado enramadas sobre el tapiz joyante de la pradera, y el Florida discurre, lento y arrullador, por aquellos felices contornos.

Dentro del improvisado bosque se alzan andamios y tendejones, zaques y hornillos, acervos de pan, hacinas de frutas, piras de leña, profusión de animales sacrificados para un banquete, con la abundancia y el derroche que piden las famosísimas bodas de Camacho.

A ellas acuden endomingadas gentes de las aldeas próximas, solar de los novios que viven en dos lugares vecinos.

Ya de víspera comienza la zambra, me-

morable al través de las centurias. En el regazo apacible de la noche esplenden las luminarias, serenas como astros bajo las dormidas alas del viento, y dicen las músicas todos los sonos del humano regocijo, estallando en tamboras, albogues, salterios, flautas y rabeles.

Don Quijote de la Mancha, a la sazón convertido por sus célebres aventuras en el Caballero de los Leones, llega en este anochecer hasta el grato paraje de la fiesta, y escucha la historia de los novios, que abunda en pormenores de romance. Porque entre la hermosa Quiteria y Camacho el opulento, protagonistas de aquel festejado matrimonio, aparece la interesante figura de Basilio, un zagal bizarro y pobre a quien la desposada amó desde niña y a quien abandona obligada por la ambición de su padre.

Cuentan los rumores aldeanos que el mozo no se resigna a perder su felicidad y trata de interrumpir los acontecimientos de la boda.

Estos augurios atraviesan como un dardo fatal la balsámica onda de optimismo

que perfuma el ambiente, y al través de tan sutiles comunicantes siente don Quijote resonar en el amoroso pecho los latidos profundos de aquel otro corazón varonil, clavado de tristezas. Para el generoso Caballero de los Leones es Basilio el pastor un buen hermano; hombre que sufre porque ama, con nobleza y valentía, merece, a juicio del enamorado caminante, la cordial solicitud de cuantos saben en el mundo las rutas del amor y el padecer.

Así el gran peregrino de los encumbrados sentimientos se enciende como una llama al contacto de toda férvida pasión, y aquella noche alegre y azul, mientras lucen y campan los festejos de la boda él discurre en vigilia de amores y ensueños, desvelado en la floresta que le recibe por huésped bajo el cielo magnífico.

Temblando están las estrellas, desnudas como diosas; la propia luz de su hermosura las hace estremecer, y no hay en el espacio transparente un solo jirón de nube para vestir las. La nueva luna culminará en el meridiano cuando el gozo de la tie-

rra esté durmiendo y sólo velen, juntos como buenos camaradas, los cariños tristes y los desmesurados pesares. De ambos infortunios sabe don Quijote, melancólico frente al bullicio popular, que al fin se apacigua para extinguirse hasta el amanecer.

Silente queda la llanura, ungida con el cándido resplandor estelar. El hidalgo andante evoca a la Dulcinea de sus ilusiones y bruñe los ardientes pensamientos en la más excelsa meditación, mientras las horas transcurren suaves, y rompe la mañana por el Oriente, llena de rubor y placidez.

Con ella parecen bajo la tendida enramada enormes y deleitosos bastimentos capaces de saciar a inmensa grey; tinajas, convertidas en ollas, hervían con espuma de aves y copiosa ración de carneros y liebres; frituras, de rica pasta, se hundían blandamente en claros almíbares; licores y vinos, rezumaban, olorosos, de zaques y toneles. El humo, el resplandor y los aromas, emanados de cada eficaz hoguera, confundíanse en el aire con el soplo lírico de canciones y músicas, que también despertaban:

un banquete de Apicio el romano, devorador de millones de sextercios derretidos en viandas fabulosas, no hubiese hallado para la orgía campo más fecundo ni más entera provisión.

Allí se refocila Sancho Panza, aprovechado y goloso, recibiendo cuantos dones acuden a su voraz apetito. Come y bebe, goza y medra, bendice a Camacho, el rico feliz y dadivoso, mientras don Quijote piensa con entrañable simpatía en el pobre y desdeñado Basilio.

Aparece el cortejo de la boda largo y profuso, digno de los héroes bucólicos; cabalgatas airosas, danzantes gallardos y diestros, bailarinas trenzando primores bajo una lluvia de amaranto y jazmín, ágiles y rientes como las vírgenes que brincaban en el Taigeto durante las fiestas de Baco.

Por último invade la pradería una danza llamada de artificio, compuesta por dos bandos de ninfas gentiles, a quienes escudan el Amor y el Interés. La farsa cunde entre ingenuos romances y bien trazadas pantomimas, al son de caracolas y tamboro-

rinos, címbalos y clarines. Son las faranduleras hermosas y rubias como la mañana, dicen con voces oralinas los versos de oro y de miel, y adquiere el regocijo de la pradera una armonía dorada por los acentos y los resplandores bajo la antorcha del sol encendida en la cúpula azul.

Cuando el Amor y el Interés han librado sus combates picarescos, aparecen los novios rodeados por mil invenciones y sonidos, adelantándose en pomposa comitiva hacia la tribuna donde ha de celebrarse la ceremonia sacramental.

Va Camacho muy orondo junto a la desposada, y ella, bellísima hasta producir el asombro como nunca, está ávida y tiembla igual que el ojo de la paloma. Luce rico traje de velludo con soberbias alhajas y parece que le pesan tan admirables adornos a juzgar por lo que inclina la frente y retarda el paso.

Aclamada por hermosa llega al sitio donde va a desposarse, cuando un hombre interrumpe el cortejo declarando a gritos una gran desdicha.

Es Basilio el enamorado que pide tregua en el público alborozo para morir a los pies de su adorada.

Viste el gallardo pastor un sayo negro, jironado de rojo, y ciñe a la cabeza una corona de fúnebre ciprés. Las palabras que pronuncia, con fuertes voces, son trágicas y audaces como el perjeño del bravo zagal.

Mientras gesticula y se duele culpando a la ingrata que le olvida y al avaro que le roba la felicidad, le envuelven como llamas los jirones sangrientos del vestido y le circunda con mayor tristeza la simbólica rama que lleva en la sien.

Espiran en los labios del infeliz las frases con que anuncia sus terribles propósitos, y se hunde en el pecho un estoque sin que nadie se atreva a sacarle de la abierta herida. Bañado en sangre, moribundo y gimiente, pide como postrer favor que le dé Quiteria su mano de esposa.

Un aire manso de compasión influye en la escena cruel y abona la súplica cerca de Camacho, rogándole que por caridad ceda su prometida al hombre pronto a devolvér-

sela viuda y libre dentro de unos instantes. Los parientes de los novios, el cura, y don Quijote con singular empeño, solicitan esta gracia, llenos de condolencia porque el herido ya desfallece en las ansias de la agonía.

Camacho transige, asiente la novia, y el sacerdote derrama la bendición sobre dos manos que tiemblan y dos almas que juran.

Pone Basilio en su esposa una mirada encendida como un hierro candente, y con pulso firme arranca, ante el estupor de la multitud, el acero que al parecer le hiera y que sólo de industria está clavado en las ropas del atrevido mozo.

La audacia se confunde allí con el milagro. Basilio triunfa del Interés con el Amor ante el espanto de la muchedumbre y la sonrisa de la novia.

Cuando la destreza del fino amante queda patente, el pueblo le aclama y felicita, no sin que los amigos de Camacho pretendan vengar la burla irremediable.

Y a tal punto se levanta don Quijote con la voz caliente y la expresión domeñadora,

erguido sobre el fiel Rocinante, a mantener los reales fueros del Amor, sus raras astucias y permitidos embustes, valederos bajo las nobles leyes de la Caballería.

Con tales bríos hace la defensa de la amorosa causa, que nadie se atreve a combatirla y todos aplauden al que descubren como primer hidalgo y jamás vencido caballero del mundo.

El mismo Camacho se manifiesta conforme con la suerte; disimula por vanidad su despecho, y manda que las fiestas continúen en honor de los novios.

Pero ellos no admiten el agasajo; tienen bastante con la dicha que logran, y ruegan a su paladín que la comparta, siquiera por breve tiempo.

Escoltándoles, camino de la aldehuela donde van a esconder la reconquistada ventura, marcha triunfante el Caballero de los Leones, orgulloso porque ha defendido bajo las alas del dios ceguezuelo a un doncel valiente y a una doncella enamorada y hermosa.

Espejo de sacrificios y generosidades, res-

plandece don Quijote como alto ideal de humanos anhelos, siempre que en su camino se atraviesa una mujer infeliz. Así, ahora se complace mirando a la zagala que ayudó a rescatar del infortunio, y refiere toda esperanza de premio al nombre ilusorio de Dulcinea. Con las entrañas henchidas de amor el viajero incansable se remonta a las eminencias de su alma, frente a la llanura manchega que se pierde tocando con el cielo, confundida con la eternidad como el espíritu sublime del andante señor...

## VIII

DIANA CAZADORA